

Todos conocían su trabajo; pero jamás le habían visto semejante animación en el rostro, ni semejantes fulgores en los ojos; quien hubiera podido modelarle á él mismo en aquel momento, como él iba á fundir el Júpiter, hubiese dotado al mundo de la más hermosa estatua que pudiera representar el genio del arte.

Todo estaba dispuesto; el modelo en cera, cubierto de su capa de tierra, esperaba, rodeado por completo de hierro, que sonara la hora de la vida. También la madera estaba preparada; Benvenuto aproximó la llama á cuatro sitios diferentes, y como el artista tuvo el cuidado de hacer secar la madera durante mucho tiempo, el fuego se propagó rápidamente por todo el recinto del horno y el molde se encontró muy pronto formando el centro de una inmensa hoguera. Entonces la cera comenzó á salir por los vertederos, mientras que, por su parte, el molde cocía; al mismo tiempo, los obreros cavaban una gran fosa cerca del horno donde el metal debía entrar en fusión, porque Benvenuto no quería perder ni un instante y en cuanto el molde estuviera á punto, anhelaba proceder á la fundición.

Durante día y medio la cera destiló del molde; durante día y medio, mientras los obreros se relevaban por turno, reposando por cuartos, como los marineros de un buque de guerra, Benvenuto velaba, dando vueltas alrededor del horno, alimentando la hoguera, animando á los trabajadores. Al fin, observó que toda la cera había destilado y que el molde estaba perfectamente cocido; ésta era la segunda parte de su obra; constituían la última la fundición del bronce y el moldeado de la estatua.

Entonces fué cuando los obreros, que nada comprendían de aquel esfuerzo sobrehumano y de aquel ardor furioso, quisieron lograr que Benvenuto reposara algunas horas, pero serían algunas horas añadidas al cautiverio de Ascanio y á las persecuciones de Colomba. Benvenuto rehusó. Parecía del mismo metal que aquel bronce de que iba á crear un dios.

Una vez cavada la fosa, envolvió el molde en excelentes cordajes y con ayuda de cabrestantes preparados á ese efecto, lo levantó con todo el cuidado posible, lo transportó al borde de la fosa y lo hizo bajar lentamente hasta que estuvo al nivel del horno; puesto allí, lo afirmó acumulando á su alrededor toda la tierra extraída de la zanja, apisonándola por capas y colgando, á medida que iba elevándose, los tubos de tierra cocida destinados á servir de vertederos. Todos aquellos preparativos invirtieron el resto de la jornada. Llegó la noche; hacia cuarenta y ocho horas que Benvenuto no dormía, ni se acostaba, ni se sentaba. Los obreros le suplicaban, Scozzone le reprendía, pero Benvenuto no quería oír nada; una fuerza mágica parecía sostenerle; no respondía á las súplicas ni á las reprensiones, indicando á cada obrero el trabajo que le correspondía hacer con voz breve y clara como la de un general de ejército ordenando las maniobras á sus soldados.

Benvenuto quería empezar la fundición al instante; el enérgico artista, que constantemente había visto ceder todos los obstáculos ante sí, ensayaba entonces su dominio sobre sí mismo; destrozado de fatiga, devorado de inquietudes, ardiendo de fiebre, ordenaba á su cuerpo y su cuerpo de hierro obedecía, mientras que sus compañeros se veían obligados á retirarse uno tras otro, como en una batalla se ve á los soldados heridos abandonar las filas y ocupar la ambulancia.

El horno de fundición estaba pronto; Benvenuto lo había hecho rellenar de lingotes de hierro y de cobre, colocados simétricamente unos sobre otros, para que el calor pudiera extenderse entre ellos y la fusión se operase más rápida y completamente. Puso el fuego como en la primera hornada, y pronto, como la hoguera estaba formada de madera de pino, la resina que destilaba, agregada á la combustibilidad de la madera, hizo una llama tal, que elevándose más arriba de lo que se esperaba, llegó á lamer el techo de la fundición que, como era solo de madera, pronto empezó á arder. A la vista, y sobre todo al calor de aquel incendio, todos los compañeros, á excepción de Hermann, se alejaron; pero Hermann y Benvenuto eran bastantes para hacer frente á todo. Cada uno de ellos cogió un hacha y se pusieron á derribar las pilastras de madera que sostenían el tinglado. Un instante después caía el techo todo inflamado. Entonces con garfios, Benvenuto y Hermann colocaron los restos incendiados en la hoguera, y aumentada la intensidad del fuego, el metal empezó á fundirse.

Al llegar á ese punto, Benvenuto Cellini se encontró en el límite de sus fuerzas. Hacía más de sesenta horas que no dormía y veinticuatro que no comía, y en ese tiempo era el alma de todo aquel movimiento, el eje de toda aquella fatiga. Una fiebre intensísima se apoderó de él: á la coloración de su tez, sucedió una palidez mortal. En una atmósfera tan caldeada que nadie podía parar allí al lado suyo, sentía temblar sus miembros y castañetear sus dientes, como si se encontrara en medio de las nieves de la Lapponia. Los compañeros advirtieron su estado y se acercaron á él; él quiso resistir aún, negar su cansancio, porque, para aquel hombre, ceder ante lo imposible, era una vergüenza; pero al fin, le fué preciso confesar que estaba desfallecido. Felizmente la fusión llegaba á su término; lo más difícil estaba hecho; el resto era una obra de mecánica fácil de ejecutar. Llamó á Pagolo; Pagolo no estaba allí. Sin embargo, á los gritos de sus compañeros que repetían su nombre á coro, Pagolo apareció; venía—dijo—de rezar por el éxito de la fundición.

—Ahora no es ocasión de rezar—exclamó Benvenuto—. El Señor ha dicho: «Quien trabaja, reza». Esta es hora de trabajar, Pagolo. Escucha: conozco que me muero, pero me muera ó no, es necesario al menos que mi Júpiter viva. Pagolo, amigo mío, te encomiendo la dirección de la obra; seguro de que, si quieres, la realizarás tan bien

como yo. Pagolo, bien sabes que el metal estará dispuesto pronto; tú no puedes equivocarte respecto de su grado de fusión. Cuando esté rojo, harás coger un cañón pedrero á Hermann y otro á Simón el Zurdo. ¡Ah, Dios mío! ¿Qué es lo que digo? Sí. Luego dispararán á la vez sobre los dos tapones de los hornos. Entonces el metal correrá, y si yo estoy muerto, dirás al rey que me ha prometido una gracia y que vas á reclamarla en mi nombre, y que esta gracia... es... ¡Oh, Dios mío! No recuerdo más. ¿Qué quería yo pedir al rey? ¡Ah! ¡Sí! Ascanio... señor de Nesle... Colomba, la hija del preboste... de Orbec... la duquesa de Etampes... ¡Ah!... ¡Me vuelvo loco!

Y Benvenuto, vacilando, cayó en brazos de Hermann, que le condujo, como á un niño, á su dormitorio, mientras Pagolo, encargado de la dirección del trabajo, daba órdenes para que la obra continuara.

Benvenuto tenía razón; pronto se apoderó de él un delirio terrible. Scozzone, que sin duda también rezaba por su parte, como Pagolo, acudió para socorrerle; pero Benvenuto no cesaba de exclamar:

—¡Estoy muerto! ¡voy á morir! ¡Ascanio, Ascanio! ¡Qué será de Ascanio!

Ello era, en efecto, que cruzaban por su mente mil visiones delirantes: Ascanio, Colomba, Estéfana, todos ellos agrandados á su vista como espectros, se desvanecían como sombras. Luego, en medio de todo, pasó cubierto de sangre Pompeyo, el platero, á quien él había matado de una puñalada, y el maestro de postas de Sienne, al que arrebató la vida de un arcabuzazo. Pasado y presente se confundieron en su cerebro. Tan pronto era Clemente VII quien retenía á Ascanio preso, tan pronto era Cosme I quien quería obligar á Colomba á que se casara con Orbec. Luego, se dirigía á la duquesa Leonor, creyendo dirigirse á la de Etampes; suplicaba y amenazaba. Más tarde se reía de la nariz de la pobre Scozzone, sollozante; la decía que tuviese cuidado de que Pagolo no se rompiera la crisma corriendo como un gato sobre las cornisas. A aquellos momentos de agitación insensata, sucedían intervalos de postración completa, durante los cuales parecía que iba á morir.

Aquella agonía duró más de tres horas: Benvenuto se hallaba en uno de esos momentos de estupor que hemos indicado, cuando repentinamente entró en la habitación Pagolo, pálido y gritando:

—¡Jesús y la Virgen nos ayuden, maestro! ¡Todo se ha perdido ahora y solo puede socorrerlos el cielo!

Aunque Benvenuto estaba aniquilado, moribundo, aquellas palabras penetraron como agudo estilete hasta lo más hondo de su corazón. El velo que cubría su inteligencia se desgarró y, como Lázaro, levantándose á la voz de Cristo, él se levantó sobre el lecho, diciendo:

—¿Quién dice que todo está perdido viviendo aún Benvenuto?

—¡Ah! Yo, maestro, yo—respondió Pagolo.

—¡Infame, más que infame!—exclamó Benvenuto—. ¿Está, pues, escrito que me has de hacer traición continuamente? Pero estoy tranquilo. Jesús y la Virgen, á quienes tú invocas á todas horas, existen para defender á los hombres de buena voluntad y castigar á los traidores.

En aquel momento se oyó á los obreros que lamentándose, gritaban:

—¡Benvenuto! ¡Benvenuto!

—¡Aquí estoy! ¡Aquí estoy!—respondió el artista lanzándose fuera de su dormitorio, pálido, pero lleno de fuerza y de razón—. ¡Aquí estoy! ¡Y malditos sean los que no cumplan con su deber!

En dos saltos llegó Benvenuto á la fundición; encontró aquel grupo de obreros que él había dejado tan lleno de entusiasmo, estupefacto y abatido. El mismo Hermann parecía muerto de fatiga; el coloso vacilaba sobre sus piernas y hubo de apoyarse forzosamente en uno de los pilares del tinglado que quedó en pie.

—¡Venid! ¡Escuchadme!—gritó Benvenuto con voz terrible, cayendo en medio de ellos como un rayo—. Todavía no sé lo que ha ocurrido, pero ¡por mi alma! os respondo desde ahora de que el mal tiene remedio. Obedeced, pues, ya que estoy presente al trabajo; pero obedeced pasivamente, sin decir una palabra, sin hacer un gesto, porque al primero que vacile lo mato. Esto, para los malos. Para los buenos no diré más que una palabra: la libertad, la felicidad de Ascanio, vuestro compañero, al que tanto queréis, depende del éxito. ¡Vamos!

Y así diciendo, Cellini se aproximó al horno para juzgar por sí mismo lo que pasaba. La madera había faltado, y el metal se había enfriado, de modo que estaba, como se dice en términos del oficio, hecho pastel.

Benvenuto juzgó pronto que todo era reparable; sin duda Pagolo se había descuidado en la vigilancia y durante aquel tiempo el calor de la hoguera había disminuido; era necesario devolver á la llama todo su vigor y al metal toda su liquefacción.

—¡Madera!—exclamó Benvenuto—. Buscad madera por todas partes donde la pueda haber, corred á las tahonas y pagadla, si es necesario, á peso de oro; traed hasta el último tronco que encontréis en la casa. Romped las puertas del palacete, si la señora Perrine no quiere abrirlas; todo es buena presa, pues para eso estamos en país conquistado. ¡Madera! ¡Madera!

Y para dar ejemplo el primero, Benvenuto cogió un hacha y atacó con energía á los dos postes que aún quedaban en pie, y pronto cayeron con los restos de la techumbre, que Benvenuto arrojó en seguida al fuego; al mismo tiempo los compañeros regresaban por todas partes cargados de madera.

—¡Aquí ahora!—exclamó Benvenuto—. ¿Estáis dispuestos á obedecerme?

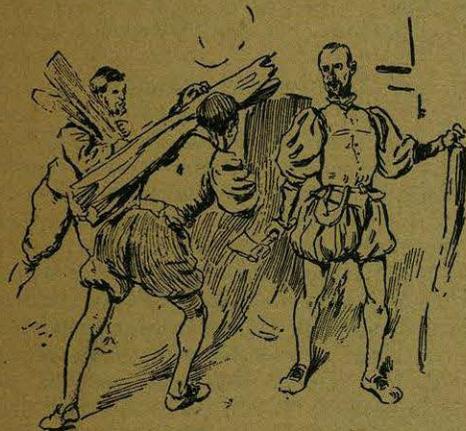
—¡Sí! ¡Sí!—clamaron todas las voces—. Sí, en todo lo que nos ordenéis, mientras nos quede un hálito de vida.

—Entonces, escoged el roble y no echéis ahora más que roble en la hoguera; el roble hace un fuego más vivo, y por lo tanto el remedio será más rápido.

Pronto el roble cayó á montones en el horno y entonces fué cuando Benvenuto hubo de gritar:

—¡Basta!

La energía de aquel espíritu habíase comunicado á todos; sus órdenes, sus gestos, todo era comprendido y ejecutado al instante. Únicamente Pa-



Y para dar ejemplo, Benvenuto cogió un hacha y atacó á los dos postés.

golo solía de vez en cuando murmurar entre dientes:

—Queréis hacer cosas imposibles, maestro, y eso es tentar á Dios.

A lo que Cellini contestaba con una mirada que quería decir: «Tranquilo estoy aún, no ha terminado todo entre nosotros.»

Sin embargo, á pesar de las predicciones siniestras de Pagolo, el metal empezó á entrar otra vez en fusión, Benvenuto arrojaba de cuando en cuando al horno algunas libras de plomo, revolviendo plomo, cobre y bronce con una larga barra de hierro, de modo que, según sus mismas expresiones, aquel cadáver de metal empezó á revivir. En vista de aquel progreso, Benvenuto, gozoso, no volvió á sentir ni fiebre, ni debilidad: él también había resucitado.

Al fin vióse bullir y ascender el metal. En seguida Benvenuto abrió el orificio del molde y ordenó disparar sobre las cubiertas de los hornos, lo cual fué ejecutado en el mismo instante; pero como si hasta el último punto aquella obra gigantesca debiera ser una lucha de titanes, quitados los taponés, Benvenuto advirtió, no solamente que el metal no corría con la suficiente rapidez, sino que quizás no estuviera aún en su punto. Entonces, inspirado por una de esas ideas supremas que sólo asaltan á los artistas, dijo:

—Que la mitad de vosotros se quede aquí para echar leña al fuego y que la otra mitad me siga.

Y seguido de cinco compañeros, se lanzó fuera del palacio de Nesle; luego, un instante después, todos reaparecieron cargados de vajilla de plata y de estaño, de lingotes, de jarros á medio terminar. Benvenuto dió el ejemplo, y cada uno arrojó su preciosa carga en el horno, que al instante lo devoró todo, bronce, plomo, plata, adornos en bruto, cinceladuras maravillosas, con la misma indiferencia con que devorara también al artista, si el artista á su vez hubiérase precipitado al horno.

Pero gracias á aquel hacinamiento de materias fusibles, el bronce quedó perfectamente liquidado, y como si estuviera arrepentido de su vacilación de un momento, empezó á correr abundantemente.

Hubo entonces un momento de angustiosa esperanza, que fué casi de terror cuando Benvenuto advirtió que todo el bronce derretido no bastaba para llegar al orificio del molde: sondeó entonces con una larga percha, y observó que, sin llegar al punto de salida, el bronce había rebasado la cabeza de Júpiter.

Entonces cayó arrodillado y dió gracias á Dios; la obra que salvaría á Ascanio y á Colomba, estaba terminada; ahora ¿permitiría Dios que acabara perfectamente?

Eso era lo que Benvenuto no podía saber hasta el día siguiente.

La noche, como debe suponerse, fué noche de angustia; por fatigado que estuviera Benvenuto, apenas pudo dormir algunos instantes. Aun aquel sueño, estaba muy lejos de ser el descanso. Apenas hubo cerrado los ojos el artista, los objetos reales cedieron su lugar á los imaginarios. Veía á Júpiter, aquel soberano de los cielos, aquel rey de la belleza olímpica, torcido como su hijo Vulcano. Nada comprendía de su sueño. ¿Era la falta del molde? ¿Era de la fundición? ¿Era que él habíase equivocado en la obra? ¿Era que el destino se burlaba del obrero? Luego, ante aquella visión, su pecho se hinchaba, sus sienes latían ardentemente y él se despertaba con el corazón agitado y la frente sudorosa. Durante algún tiempo y dudando aún, no podía, en la confusión de su mente, distinguir lo verdadero de lo falso. Más tarde, en fin, soñaba que su Júpiter estaba encerrado todavía en su molde como el niño en el seno de su madre. Recordó todas las precauciones que había tomado. Rezó á Dios afirmando que quería hacer, no solamente una obra bella, sino también una buena acción. Luego, más encalmado y tranquilo, volvió á dormirse bajo la impresión de aquella fatiga incesante que parecía no abandonarle jamás, para caer en un segundo sueño tan insensato y horripilante como el primero.

Vino el día y con el día Benvenuto sacudió el sueño por completo; se puso al instante en pie y se vistió: un segundo después estaba en la fundición.

El bronce estaba todavía más caliente de lo que conviniera para ponerlo al aire; pero Benvenuto tenía tanta prisa por ver lo que debía

esperar ó temer en adelante, que no pudo esperar á que la cabeza empezara á descubrirse. Cuando puso la mano en el molde, estaba tan pálido que parecía próximo á morir.

—¿Pero estáis loco, maestro?—dijo una voz que Benvenuto reconoció por el acento ser la de Hermann—. Mejor os fuera estar en la cama.

—Te equivocas, Hermann, amigo mío—dijo Benvenuto asombrado al ver á Hermann levantado tan temprano—, porque en el lecho me muero. Pero tú ¿cómo estás levantado á estas horas?

—¿No queréis que os ayude, maestro?

—No, no—exclamó Benvenuto—, que nadie me toque al molde. ¡Esperad, esperad!

Y empezó á descubrir lentamente lo alto de la estatua. Por una casualidad milagrosa estaba justo el metal necesario. Si Benvenuto no hubiera tenido la idea de arrojar al horno su plata, su vajilla y sus jarrones, la fundición quedaría escasa y la cabeza hubiera resultado incompleta.

Afortunadamente, había aparecido maravillosamente bella.

Aquella aparición animó á Benvenuto á descubrir sucesivamente las otras partes del cuerpo. Poco á poco el molde caía como una corteza y, por último, el Júpiter, libre de trabas de pies á cabeza, apareció majestuoso cual convenía al rey del Olimpo. En ninguna parte el bronce había defraudado al artista, y cuando cayó el último trozo de arcilla, los obreros lanzaron un grito de admiración, pues habían ido agrupándose silenciosos frente á Cellini, quien demasiado preocupado con las ideas que tan feliz resultado hiciera nacer en su mente, no advirtió su presencia.

Pero al oír aquel grito que resonó á su alrededor, Benvenuto levantó la cabeza, y con orgullosa sonrisa dijo:

—¡Ah! Veremos si el rey de Francia se atreve á negarme la primera gracia que le pida el hombre que ha fabricado semejante estatua.

Luego, como arrepentido de aquel primer movimiento de orgullo, que era, no obstante, muy natural en él, se arrodilló y juntando las manos rezó en alta voz para dar gracias al Señor.

Terminada la plegaria, Scozzone se presentó á Benvenuto diciendo que «la señora de Aubry» deseaba hablarle en secreto, y llevaba una carta de su marido que solo podía entregar á Benvenuto.

Benvenuto hizo repetir dos veces el nombre á Scozzone, porque ignoraba que el estudiante estuviera en posesión de una esposa legítima.

Accedió á lo que se le pedía, dejando á sus compañeros orgullosos con la gloria de su maestro.

Sin embargo, registrando más tarde, Pagolo advirtió que había una incorrección en el talón del dios; un accidente cualquiera había impedido que la fundición corriera hasta el fondo del molde.

XXXVIII

JÚPITER Y EL OLIMPO

El mismo día en que Benvenuto había des-

cubierto su estatua, anunció á Francisco I que su Júpiter estaba fundido, pidiéndole permiso para que aquel día el rey del Olimpo se presentase ante los ojos del rey de Francia.

Francisco I contestó á Benvenuto que su primo el emperador y él debían ir á cazar el jueves siguiente á Fontainebleau, y no había que hacer más que trasladar ese día la estatua á la galería grande del castillo.

La respuesta era sabia. Indudablemente la duquesa de Etampes había prevenido al rey contra su artista predilecto.

Pero á aquella respuesta, sea orgullo humano, sea confianza en Dios, Benvenuto se contentó con replicar sonriendo:

—Está bien.

Llegó el lunes. Benvenuto hizo cargar el Júpiter sobre un carretón, y montando á caballo le acompañó él mismo, sin abandonarle ni un instante, por temor á que le ocurriera alguna desgracia. El jueves, á las diez, la obra y el obrero habían llegado á Fontainebleau.

Al ver á Benvenuto, caminando, se advertía que guardaba en su alma un sentimiento de noble orgullo y radiante esperanza. Su conciencia de artista le decía que había hecho una obra maestra, y su corazón de hombre honrado que iba á emprender una buena acción. Estaba, pues, doblemente gozoso y llevaba alta la cabeza como el hombre que no teniendo odio, no tiene miedo. El rey iba á ver el Júpiter y sin duda lo encontraría hermoso; Montmorency y Poyet le recordarian su palabra; el emperador y toda la corte estarían allí; Francisco I no podría, pues, más que cumplir la palabra empeñada.

La duquesa de Etampes, con menos alegría, pero con pasión tan ardiente como la de Cellini, urdía por su parte ciertos planes: había triunfado del primer choque á que Benvenuto la provocara presentándose ante ella y ante el rey; había pasado el primer peligro, pero ella presentía la existencia de otro en la promesa hecha á Benvenuto, y á toda costa quería retrasarlo. Se había, pues, adelantado un día á Cellini en Fontainebleau y tomado sus medidas con aquella profunda habilidad femenina que en ella equivalía á la del genio. Cellini no debía tardar mucho en advertirlo.

Apenas hubo franqueado el umbral de la galería donde su Júpiter debía quedar expuesto, advirtió el golpe instantáneamente, reconoció la mano que le golpeaba y quedó un momento aniquilado.

Aquella galería, resplandeciente de pinturas del Rosso, hechas únicamente para distraer la atención de cualquiera obra maestra que se colocara entre ellas, había sido ocupada, durante los tres últimos días que acababan de transcurrir, con estatuas enviadas de Roma por el Primitivo; es decir, que las maravillas de la escultura antigua, los modelos consagrados por la admiración de veinte siglos, estaban allí desafiando toda comparación, venciendo toda rivalidad. Ariadna, Venus, Hércules, Apolo, Júpiter mismo, el gran

Júpiter Olímpico, figuras ideales, sueños del genio, eternidades de bronce, formando como un concilio sobrehumano al que fuera profanación acercarse, como un tribunal sublime del que todo artista debiera esperar el fallo.

Un Júpiter nuevo se introducía junto al otro en aquel Olimpo; Benvenuto arrojaba el guante á Fidias; había allí una especie de profanación y de blasfemia que, aun confiando como él confiaba en su propio mérito, hizo retroceder tres pasos al concienzudo artista.

Añadid que las estatuas inmortales habían tomado, como era su derecho, los mejores puestos: no quedaban, pues, para el pobre Júpiter de Cellini, más que dos rincones oscuros á los cuales llegó después de haber pasado bajo la mirada fija é imponente de los dioses antiguos.

Benvenuto, triste, con la cabeza baja, en pie sobre el umbral de la galería, la envolvía en una mirada triste y ensimismada.

—Señor Antonio Le-Maçon—dijo al secretario del rey que le acompañaba—, yo quiero, yo debo sacar de aquí á mi Júpiter inmediatamente; el discípulo no intentará rivalizar con los maestros; el nieto no será capaz de luchar contra los abuelos; mi orgullo y mi modestia me lo impiden.—Benvenuto—respondió el secretario del rey—, creed á un amigo sincero; si hacéis eso estáis perdido. Os lo digo entre nosotros; se espera ese rasgo que se considerará como una confesión de impotencia. Yo presentaría de buen grado al rey vuestras excusas. S. M., que siente gran impaciencia por ver vuestra obra, no querrá esperar, y dominado como está por la duquesa de Etampes, os retirará su gracia sin demora. Esto se espera y esto temo. No con los muertos, sino con los vivos, Benvenuto, es peligrosa vuestra lucha.

—Decís bien, señor—respondió el orfebre—. Gracias por haberme recordado que aquí no me asiste el derecho de tener amor propio.

—Enhorabuena, Benvenuto. Pero oid mi último consejo. La duquesa de Etampes está demasiado amable hoy para que no oculte alguna perfidia en su cabeza. Ella ha propuesto al emperador y al rey un paseo por el bosque con una alegría y una gracia irresistibles; temo por vos que logre retenerlos allí hasta la noche.

—¿Lo creéis?—exclamó Benvenuto palideciendo—. Entonces estoy perdido, porque mi estatua tendrá tan mala luz que perderá la mitad de su valor.

—Tal vez esté yo equivocado—replicó Antonio Le-Maçon—. Esperemos los acontecimientos.

Cellini se resignó á esperar, en efecto, con una ansiedad llena de emoción. Había colocado su Júpiter lo menos mal posible, pero no se le ocultaba que al anochecer haría su estatua un efecto mediocre y por la noche parecería enteramente mala. El odio de la duquesa había calculado tan bien como la ciencia del escultor; adivinaba en 1541 un procedimiento de la crítica del siglo XIX.

Benvenuto miró con desesperación al sol que

desaparecía en el horizonte é interrogó con avidez todos los ruidos del exterior. Salvo la gente de servicio, el castillo estaba desierto.

Dieron las tres: la intención de la duquesa de Etampes era evidente y su éxito inludable. Benvenuto cayó abatido sobre un sillón.

Todo estaba perdido; en primer lugar, su gloria; aquella lucha febril, en la cual estuvo á punto de sucumbir y que había olvidado ya, porque ella debía conducirle al triunfo, no dió más resultado que su vergüenza. Contemplaba con dolor su estatua, en torno de la cual las sombras nocturnas flotaban ya haciendo parecer las líneas menos puras.

Súbitamente le asaltó una idea; se levantó, llamó á Juan que le había acompañado y salió precipitadamente. Ningún rumor que anunciara el regreso del rey se dejaba sentir aún. Benvenuto corrió á casa de un carpintero de la villa y con ayuda de aquel hombre y de sus obreros, hizo en menos de una hora un zócalo pequeño de madera de roble adornado con cuatro bolitas que giraban sobre sí mismas, á modo de ruedecillas.

Ahora temía que la corte volviera; pero á las cinco estaba su trabajo terminado. Anochece y el castillo no había recibido aún á sus huéspedes coronados. La duquesa de Etampes, aunque sólo en parte, debía triunfar.

Benvenuto hizo colocar en seguida la estatua con el pedestal sobre el zócalo casi invisible. Júpiter tenía en su mano izquierda el globo del mundo, y en su derecha, un poco elevada sobre la cabeza, el rayo que parecía dispuesto á lanzar. Entre las llamas del rayo el orfebre encendió una bujía.

Apenas habían terminado estos preparativos, cuando sonaron los clarines anunciando el regreso del rey y del emperador. Benvenuto encendió la bujía, colocó á Juan detrás de la estatua, por la cual quedó enteramente cubierto, y con el corazón profundamente agitado esperó al rey.

Diez minutos después las dos hojas de la puerta giraron, y Francisco I apareció dando la mano á Carlos V.

Seguían el delfín, la delfina, el rey de Navarra, toda la corte, en fin; el preboste, su hija y Orbec venían los últimos. Colomba estaba pálida y abatida; pero en el momento en que vio á Cellini levantó la cabeza y una sonrisa llena de sublime confianza se dibujó en sus labios y animó su rostro.

Cellini cambió con ella una mirada que quería decir: «Estad tranquila; suceda lo que suceda, no desesperéis. Yo velo por vos.»

En el momento en que se abrió la puerta, Juan, obedeciendo á una señal del maestro, imprimió un ligero impulso á la estatua que rodó dulcemente sobre su zócalo movable y dejando á las antiguas atrás salió, por decirlo así, al encuentro del rey. Todos los ojos se dirigieron inmediatamente hacia ella. El dulce resplandor de la bujía, cayendo de arriba á abajo, producía un efecto mucho más agradable que el de la luz del día.

La duquesa de Etampes se mordió los labios. —Me parece, señor—dijo—, que la adulación es un poco fuerte, y que es el rey de la tierra quien debería ir á presentarse ante el rey del Olimpo.

Francisco I sonrió, pero se conocía que aquella adulación no le disgustaba. Según su costumbre, olvidó al obrero por la obra, y ahorrando á la estatua la mitad del camino se fué derecho hacia ella y la examinó durante largo rato en silencio. Carlos V, que un día, en un momento de buen humor, cogió el pincel de Tiziano, y era más profundo político que gran artista; y los cortesanos que carecían del derecho de tener opinión, esperaban prudentemente oír el parecer de Francisco I para emitir el suyo.

Hubo un momento de anhelante silencio, durante el cual Benvenuto y la duquesa cruzaron una mirada de odio profundo.

Luego exclamó el rey de repente:

—Está bien, muy bien, y confieso que habéis sobrepujado mis esperanzas.

Todos después se deshicieron en cumplidos y en elogios, y el emperador el primero.

—Si se pudiera conquistar los artistas como los pueblos—dijo al rey—, yo os declararía la guerra en este momento para conquistar á éste, primo mío.

—Con todo eso—interrumpió furiosa la duquesa de Etampes—, no vemos aquellas hermosas estatuas antiguas que están más lejos y valen quizás un poco más que todas nuestras baratijas modernas.

El rey se aproximó entonces á las esculturas antiguas, iluminadas de abajo á arriba por la claridad de las antorchas que dejaban toda la parte superior en la obscuridad; hacían un efecto ciertamente menos bello que el Júpiter.

—Fidias es sublime—dijo el rey—; pero también puede haber un Fidias en el siglo de Francisco I y de Carlos V, como lo hubo en el siglo de Pericles.

—¡Oh! ¡Sería preciso ver esta estatua á la luz del día!—exclamó la duquesa—. Parecer no es lo mismo que ser; un artificio de luminaria no es arte. ¿Qué significa ese velo ahí? ¿Nos ocultará algún defecto? Decidlo francamente, maestro Cellini.

Era aquello una tela muy ligera puesta sobre Júpiter para darle más majestad.

Benvenuto había permanecido hasta entonces cerca de su estatua, inmóvil y en apariencia frío como ella; pero á las palabras de la duquesa sus ojos negros lanzaron una doble llamarada y con la santa audacia de un artista pagano, arrancó el velo con mano vigorosa.

Benvenuto esperó ver enfurecida á la duquesa. Pero súbitamente, por un increíble esfuerzo de voluntad, dióse ella á reír con una alegría estupefanda, y tendiendo graciosamente la mano á Cellini, estupefacto al ver aquella transformación, le dió en alta voz y con tono de niño mimado:

—Vamos, he sido injusta. Sois un gran escultor, Cellini; perdonad mis censuras; dadme vuestra

mano, y seamos amigos en adelante; ¿queréis? Luego añadió en voz baja y con extrema volubilidad:

—Pensad en lo que vais á pedir, Cellini. Que no sea el matrimonio de Colomba y Ascanio, ú os juro que Ascanio, Colomba y vos estáis perdidos.

—Y si pidiese otra cosa—dijo Benvenuto en el mismo tono—, ¿me apoyaríais vos, señora?

—Sí—dijo ella con viveza—, os lo juro; sea lo que sea, cuanto pidáis al rey se os concederá.

—No necesito pedir el casamiento de Ascanio y de Colomba—dijo entonces Benvenuto—, porque seréis vos quien lo haga.

La duquesa sonrió desdenosamente.

—¿Qué estáis hablando en voz tan baja?—dijo Francisco I.

—La señora duquesa de Etampes tenía la bondad de recordarme—respondió Benvenuto—, que vuestra majestad me había prometido una gracia que sería concedida en el caso de que quedarais satisfecho.

—Aquella promesa fué hecha delante de mí, señor—dijo el condestable adelantándose—. Delante de mí y del canciller Poyet. Vos mismo nos encargásteis á mi colega y á mí de recordaros...

—Sí, condestable—interrumpió el rey en tono de buen humor—. Sí; no necesito que me lo recordéis, pues lo recuerdo perfectamente; á fe de caballero. Así, pues, vuestra intervención, como veis, aunque agradable, resulta inútil. Yo he prometido á Benvenuto otorgarle lo que me pida cuando su Júpiter estuviera fundido. ¿Es ese, condestable? ¿Tengo buena memoria, canciller? A vos os toca hablar, maestro Cellini, estoy á vuestra disposición, y os ruego á mi vez que penseis menos en vuestro mérito, que es inmenso, que en mi poder, que es limitado, sin más reserva que las de nuestra corona y nuestra favorita.

—Pues bien, señor—dijo Cellini—, ya que encuentro á V. M. en tan buena disposición á favor de vuestro indigno vasallo, pediré única y exclusivamente gracia para un pobre muchacho preso por haber reñido en el muelle del Châtelet con el vizconde de Marmagne, á quien, en defensa propia, atravesó el pecho con su espada.

Todos se asombraron de lo insignificante de la petición, y la duquesa de Etampes la primera. Miró á Benvenuto con estupefacción, creyendo haber oído mal.

—¡Ventre de Mahoma!—dijo Francisco I—. Me pedís que haga uso de mi regia prerrogativa, porque he oído decir al mismo canciller que era un caso de horca.

—¡Oh!—exclamó la duquesa—contaba yo, señor, con hablaros también de ese joven. Tengo noticia de que Marmagne mejora y me han dicho que él fué quien provocó la reyerta, y que el joven... ¿cómo se llama, maestro Benvenuto?

—Santiago Aubry, señora duquesa.

—Y que el joven—continuó vivamente la duquesa de Etampes—no era culpable de su falta.

Así que, en vez de reprender ó amonestar á Benvenuto, señor, otorgadle pronto lo que pide, no sea que se arrepienta de haberos pedido tan poca cosa.

—Pues bien, maestro—dijo Francisco I—. Hágase lo que deseais, y como quien da primero da dos veces, según el adagio, que se expida esta misma noche la orden de poner en libertad á ese joven. ¿Oís, mi querido canciller?

—Sí, señor; V. M. será obedecido.

—En cuanto á vos, maestro Benvenuto—dijo Francisco I—, id el lunes á verme al Louvre, y nos ocuparemos juntos en ciertos detalles que hace ya mucho tiempo tiene olvidados mi tesoro, y que os atañen.

—Señor, V. M. sabe que la entrada en el Louvre...

—¡Está bien! ¡Está bien! El que haya dado la orden, la rectificará. Esa era una medida de guerra, y como vos no tenéis más que amigos á mi alrededor, todo se restablecerá en pie de paz.

—Señor—dijo la duquesa—, ya que V. M. está en vena de otorgar, otorgadme también á mí una pequeñísima gracia, aunque yo no haya hecho ningún Júpiter.

—No—dijo Benvenuto á media voz—, pero habéis hecho de Danae á menudo.

—¿Y qué gracia es esa?—interrumpió Francisco I, que no había oído el epigrama de Cellini—. Hablad, señora duquesa, y creed que la solemnidad de la ocasión no podrá aumentar el deseo que tengo de agradaros.

—V. M., señor, deberá conceder al señor de Estourville la gracia de firmar el lunes próximo el contrato de matrimonio de mi joven amiga la señorita de Estourville con el conde de Orbec.

—¡Ah! No es una gracia que voy á concederos—replicó Francisco I, sino un placer que me proporciono á mí mismo y aun seguiré siendo deudor vuestro, os lo juro.

—Así, pues, ¿queda convenido que sea el lunes?—preguntó la duquesa.

—¿La señora duquesa—replicó Benvenuto á media voz—, la señora duquesa no siente que no pueda estar terminada para semejante solemnidad la hermosa flor de lis que ha encargado á Ascanio?

—Indudablemente lo sentiré—dijo la duquesa—, pero eso no tiene remedio. Ascanio está preso.

—Sí, pero yo estoy en libertad—dijo Benvenuto—, la acabaré y se la llevaré á la señora duquesa.

—¡Oh! Por mi honor, que si tal cosa hicierais, yo diré...

—¿Qué diréis, señora?

—Diré que sois un hombre encantador.

Y tendió la mano á Benvenuto, quien del mejor talante del mundo y tras haber pedido al rey permiso con una mirada, se la besó.

En aquel instante oyóse un ligero grito.

—¿Qué es eso?—preguntó el rey.

—Señor, dispéñeme V. M.—dijo el preboste—, es que mi hija se ha puesto mala.

—¡Pobre niña!—murmuró Benvenuto—. ¡Cree que la hago traición!

XXXIX

MATRIMONIO DE RAZÓN

Benvenuto quería ausentarse aquella misma noche, pero el rey le instó de tal manera, que no pudo salir del palacio hasta el otro día por la mañana.

Además, con aquella rapidez de concepción y aquella prontitud en el decidir, que le eran propios, resolvió dejar para el día siguiente el desenlace de una intriga empezada desde hacía mucho tiempo. Era aquél un negocio aparte, del que quería desembarazarse antes de consagrarse por completo á Ascanio y Colomba.

Quedóse, pues, á comer por la noche y á desayunarse al día siguiente, y al medio día, con permiso del rey y de la duquesa de Etampes, se puso en camino acompañado de Juan.

Los dos iban bien montados, pero eso no obstante, contra su costumbre, Cellini no dió prisa á su caballo. Era evidente que no quería entrar en París hasta cierta hora. En efecto, á las siete de la tarde próximamente bajaba por la calle de la Harpe.

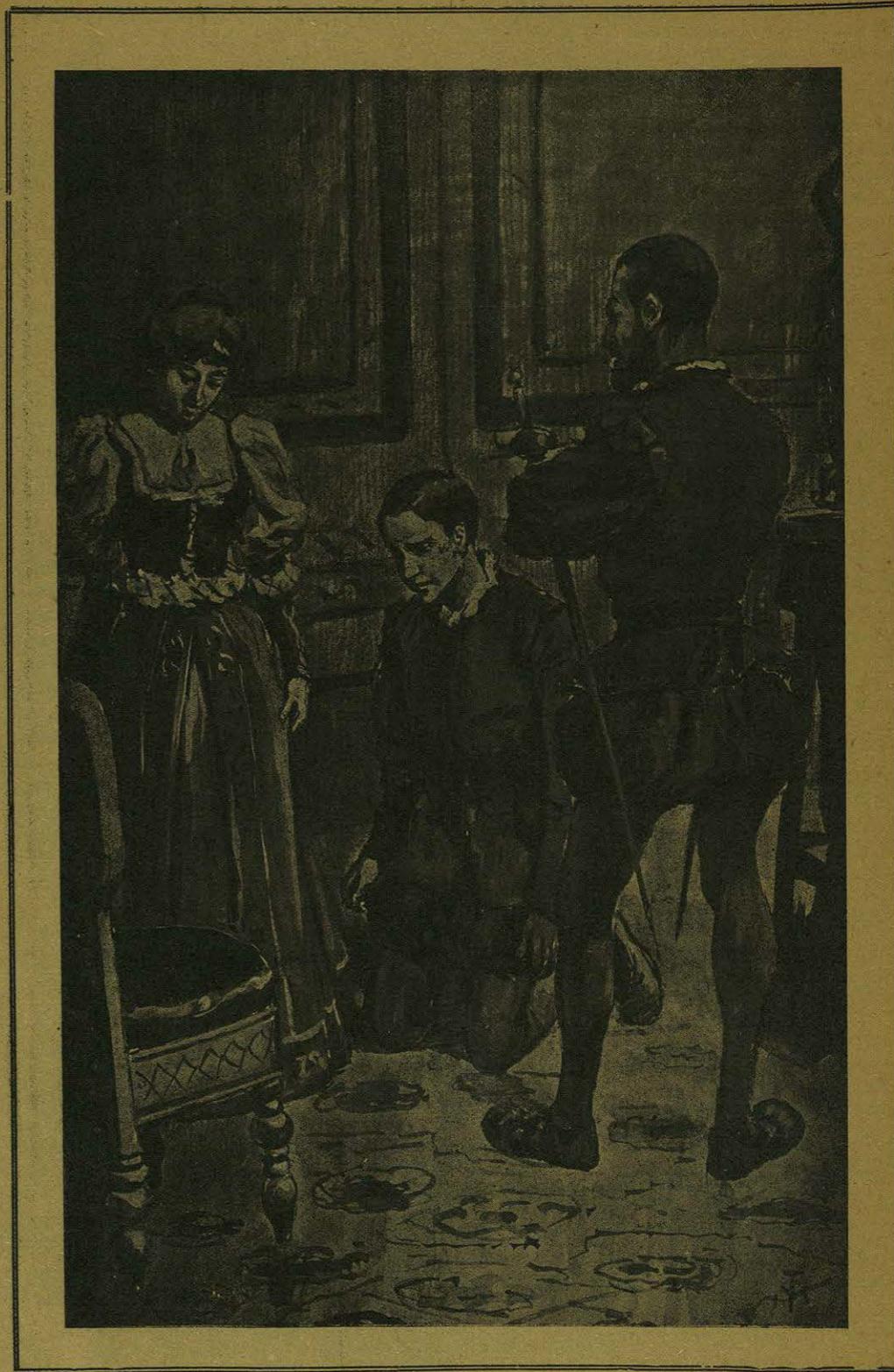
Pero más tarde, en vez de entrar directamente en el palacio de Nesle, fué á llamar á la puerta de uno de sus amigos llamado Guido, médico de Florencia; luego, cuando se hubo asegurado de que el médico estaba en su casa y podía darle de comer, ordenó á Juan que se volviera solo y dijera que el maestro se había quedado en Fontainebleau, para no regresar hasta el día siguiente, y que estuviera pronto á abrir cuando él llamase. Juan se alejó inmediatamente, prometiendo á Cellini obedecer sus instrucciones.

La comida estaba servida, pero antes de sentarse á la mesa, Cellini preguntó á su huésped si conocía algún notario honrado y hábil que pudiera ser llamado para encargarle un contrato inquebrantable. El amigo le indicó á su yerno, y al punto enviaron á buscarle.

Media hora después, y al acabar la comida, llegó. Benvenuto se levantó en seguida de la mesa, se encerró con él y le hizo extender un contrato de matrimonio con los nombres de los contrayentes en blanco. Luego, cuando hubieron leído y releído juntos el contrato para comprobar que no contenía ningún vicio de nulidad, Benvenuto le pagó con largueza sus honorarios, guardó el contrato en el bolsillo, pidió prestada á su amigo otra espada, de la misma longitud que la suya, la ocultó bajo su capa, y se encaminó hacia el palacio de Nesle.

Al llegar á la puerta, llamó con un solo golpe. Pero por muy ligero que el golpe fué, la puerta se abrió en seguida. Juan estaba en su puesto.

Cellini le preguntó; los obreros comían y no



...y Benvenuto, de pie, con los brazos cruzados, una espada desnuda en la mano derecha y otra, envainada, en la izquierda.

esperaban al maestro hasta el día siguiente. Cellini ordenó al muchacho que guardara el silencio más absoluto acerca de su llegada, se encaminó hacia la habitación de Catalina, de la que había conservado una llave, entró sin hacer ruido, cerró la puerta, se ocultó detrás de una colgadura y esperó.

Un cuarto de hora más tarde, se oyeron leves pasos en la escalera. La puerta se abrió por segunda vez, y Scozzone entró con una lámpara en la mano; después quitó la llave del exterior, cerró la puerta por dentro, colocó la lámpara sobre la chimenea, y fué á sentarse en un gran sillón, situado de manera que Benvenuto podía ver su rostro.

Con gran asombro de Benvenuto, aquel rostro otras veces tan franco, tan alegre, tan animado, aparecía triste y pensativo.

Era que la pobre Scozzone sentía algo semejante al remodimiento.

La hemos visto feliz é indiferente; era que entonces Benvenuto la amaba. Mientras había experimentado aquel amor, mejor dicho, aquel sentimiento de benevolencia en el corazón de su amante; mientras en sus sueños había flotado, como una nube dorada, la esperanza de ser un día la esposa del escultor, mantuvo su corazón á la altura de su esperanza, estaba purificada de su pasado por el amor. Pero desde el momento en que se convenció de que, engañada por las apariencias, lo que ella había creído una pasión por parte de Cellini, no era más que un capricho, volvió á bajar paso á paso la escala de sus esperanzas; la sonrisa de Benvenuto, que se reflejaba en aquella alma fanática, habíase alejado de ella, y aquella alma había perdido por segunda vez su frescura.

Con su alegría de niño, iba desapareciendo su pureza poco á poco; la antigua naturaleza, ayudada por el enojo, recuperó dulcemente su dominio. Una muralla recientemente pintada conserva sus colores al sol y los pierde con la lluvia. Scozzone, abandonada por Cellini y reemplazada por alguna manceba desconocida, sólo había permanecido junto á Cellini por un resto de orgullo. Pagolo la cortejaba desde hacía mucho tiempo, y ella habló á Cellini de aquel amor, creyendo que aquel amor despertara sus celos. Aquella última esperanza se vió defraudada; Cellini, en vez de enfadarse, comenzó á reír; Cellini, en vez de prohibirla ver á Pagolo, la ordenó que le recibiera. Desde entonces se consideró perdida por completo; desde entonces abandonó su existencia al azar con su antigua indiferencia y la dejó, como una pobre hoja caída y marchita, correr arrastrada por el soplo de los acontecimientos.

A la sazón Pagolo había triunfado de su indiferencia. En resumidas cuentas, Pagolo era joven; Pagolo, aparte su aspecto hipócrita, era guapo mozo, Pagolo era cariñoso y repetía sin cesar á Scozzone que la amaba, mientras que Benvenuto había cesado por completo de decírselo. Estas dos palabras: «te amo», son el idioma del corazón, y

más ó menos ardientemente es preciso que el corazón hable siempre este lenguaje con alguien.

Así fué que en una hora de ociosidad, de despecho, de ilusión tal vez, Scozzone había dicho á Pagolo que le amaba, se lo había dicho sin amarle realmente; se lo había dicho llevando la imagen de Cellini en el corazón y su nombre en los labios.

Luego, pensó en que quizás un día, causada de aquella pasión incógnita é infructuosa, el maestro volvería á ella, y encontrándola constante, á pesar de sus mismas órdenes, la recompensaría por su fidelidad, no precisamente con el casamiento (la pobre niña había perdido, respecto á eso, hasta la última ilusión), pero sí con algún resto de cariño que ella pudiera tomar por una resurrección de su antiguo amor.

Estos pensamientos que entristecían á Scozzone, eran los que la tornaban pensativa, los que despertaban sus remordimientos.

Sin embargo, en medio de su silencio y de su sueño, tembló súbitamente y levantó la cabeza; se había dejado sentir un ligero ruido en la escalera, y casi al mismo tiempo una llave introducida en la cerradura giró rápidamente y la puerta se abrió.

—¿Cómo habéis entrado, y quién os ha dado esa llave, Pagolo?—exclamó Scozzone levantándose—. Esa puerta no tiene más que dos llaves: una está aquí dentro y Cellini posee la otra.

—¡Ah, mi querida Catalina!—dijo Pagolo riendo—, sois caprichosa. Tan pronto abris á la gente vuestra puerta, como la cerrais; luego, cuando para entrar aquí se quiere emplear la violencia, á la cual, por lo visto, vos habéis dado derecho, amenazáis con gritar y pedir socorro. ¡Bueno! ¿Entonces es necesario valerse de la astucia?

—¡Oh! sí, decidme que habéis robado esa llave á Cellini sin que él lo advirtiera, decidme que él no sabe que vos la tenéis, porque si él mismo os la hubiera dado, yo me moriría de vergüenza y de pesar.

—Tranquilizáos, mi hermosa Catalina—dijo Pagolo cerrando la puerta con doble vuelta y yendo á sentarse cerca de la muchacha, á quien él mismo obligó á tomar asiento—. No, Benvenuto, ya no os ama, es cierto; pero Benvenuto es como esos avaros que guardan un tesoro que para nada utilizan, y al que sin embargo no quieren que se aproximen los demás. No, esta llave la he confeccionado yo mismo. Quien puede lo más, puede lo menos; el orfebre se ha hecho cerrajero. Ved si os amo, Catalina, pues mis manos, acostumbradas á hacer que florezcan perlas y diamantes sobre los tallos de oro, consienten en manejar un innoble trozo de hierro. Verdad es, pérfida, que ese innoble trozo de hierro era una llave, y esa llave la del paraíso.

Al decir esto, Pagolo quiso estrechar la mano de Catalina; pero, con gran asombro de Cellini, que no perdía palabra ni gesto de aquella escena, Catalina le rechazó.

—¡Está bien!—dijo Pagolo—. Veamos cuánto tiempo dura ese capricho.